

do el alma lamentable. Y Gaulow comprendió perfectamente que intentaba leer en él si había acertado completamente. No pudo contener una salida extravagante:

—Vacio, sí... Créame, Ivana Ivanovna. *¡En ese cofrecillo no hay absolutamente nada que pueda interesarle!...* Ya he tenido buen cuidado en ello... *¡Las cosas que la han inducido a casarse conmigo ya no están allí!...* De todos modos, el cofrecillo es suyo. ¿Lo quiere?

Ivana movió la cabeza. Y como quiera que cediese a un desmayo, Gaulow la recibió en sus brazos.

IV

CÓMO MURIÓ ROULETABILLE

ROULETABILLE y La Candeur, a quienes dejamos habiéndoselas con los soldados al mando de Gaulow, fueron primeramente conducidos a una especie de cuerpo de guardia, bajo la mirada burlona de Priski.

Este no escatimaba nada para molestarles con sus impertinencias. No es que fuese malo; era que se trataba de un espíritu mezquino que no sabía triunfar con modestia ni olvidar las injurias recibidas.

¿No se habían burlado mucho de él? Pues ahora le llegaba su vez.

Por lo demás, Rouletabille ni tan siquiera le escuchaba. Desplomado en un banco de piedra, al lado de La Candeur, no pensaba más que en Ivana, que no podía esperar ningún auxilio, que estaba completamente perdida.

Ya que los proyectos de Rouletabille eran conocidos, no había ni que pensar en realizarlos. Además, ¿cómo escapar a la vigilancia de aquellos veinte guardias terribles que no le dejaban?

¡Todo había terminado!

Mientras tanto, Priski contaba a quien quería oírle cómo había escapado de los subterráneos del torreón, donde los señores habían querido tenerle prisionero.

Pero a los señores se les ocurrió en mal hora, dicho sea en honor de sus sentimientos humanitarios, darle almuerzo. Y él aprovechó la circunstancia de que durante el almuerzo estuvieran los señores muy ocupados en examinar un plano de la *Karakulé* que habían trazado en la pared, para substraer de la mesa un cuchillo, que se escondió en la manga, y del que, en cuanto bajó al subterráneo, se sirvió para cortar las ataduras con que previsoriamente le habían convertido en un salchichón. Y eso lo hizo a pesar de la vigilancia de Modesto, que, una vez más, se durmió.

Priski necesitó mucha paciencia y varias horas de difícil trabajo; pero con voluntad y un poco de buen humor (cosas que no le faltaban) se logra todo.

Una vez libertado y luego de levantar con esfuerzo sobrehumano la placa de bronce del cuerpo de guardia, en el preciso momento en que Modesto roncaba con una sonoridad alentadora, no encontró a nadie que le detuviera en su corio camino. Pronto se encontró fuera del torreón, y corrió a contárselo todo a Kara-Selim, quien, por cierto, le prometió recompensarle con regalos.

Priski tenía, pues, razones para estar satisfecho de sí mismo; y manifestaba su satisfacción compadeciendo con amargura a aquellos señores por la tozudería que habían demostrado al no seguir sus consejos.

Creyéndose más fuertes que la *Karakulé*, se habían figurado poder jugar con ella; pero la *Karakulé* es más fuerte que todos y no deja partir a sus huéspedes mientras no le da la gana. ¡Señor, Señor! ¡Tantas veces que él lo había repetido!

Cuando Priski agotó las palabras, el aliento y la saliva, La Candeur, que le había escuchado del principio al fin con la boca abierta y haciendo manifiestas señales de aprobación, dejó escapar un suspiro y dijo con voz doliente:

—¡Ay, Priski! Si solamente me hubiera hecho caso a mí, no hubiera pasado nada de esto. Pero ¿qué van a hacer de nosotros?

—Ello depende de las órdenes que nuestro amo haya dado al señor Stefo.

—Temo—inclinó La Candeur—que durante mucho tiempo no podremos dar un paso sin ir acompañados.

—Hay motivos para que les vigilen—contestó evasivamente Priski.

—¿Y nos volverán a llevar al torreón?

—No lo creo. El torreón es un hotel libre, como ya he tenido el gusto de decirles. Y dada la conducta observada por ustedes desde que llegaron aquí, han perdido el derecho de permanecer durante su cautividad en un hotel libre—volvió a replicar Priski muy seriamente—. Sin embargo, puede que los vuelvan a llevar al torreón..., es decir, al camino de ronda del torreón..., en el caso de que hayan de ser ejecutados—concluyó Priski con visible esfuerzo.

—¿Qué?

—No les hablo así más que por humanidad y porque en la situación de ustedes hay que preverlo todo... Sí; en ese camino de ronda suelen celebrarse ordinariamente las ejecuciones...

Rouletabille, que estaba sumido en un sueño algo comatoso, fué sacado de él por un enorme peso que cayó sobre su hombro. Era La Candeur, que no tenía fuerzas para sostenerse.

Y Rouletabille sacudió a su amigo, diciéndole:

—¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre, La Candeur?... ¡La Candeur!

Priski había ido a ver a Stefo el Dálmata, que mandaba ya a sus hombres, tendidos en el suelo, que se levantarán y le siguieran con los prisioneros.

Y Priski volvió en seguida.

—¡Ya está!—dijo.

—¿Qué está ya?—preguntó Rouletabille.

—Kara-Selim ha dado orden de que se les lleve al torreón.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó La Candeur sobresaltado.

—Sí... Kara-Selim ha dado orden de que sean fusilados todos los prisioneros.

La Candeur se desmayó, por lo cual no tuvo la satisfacción de oír el fin de la frase de Priski:

—¡A todos los prisioneros, excepto al sobrino de Rotchschild!

Pero Rouletabille, que lo había oído todo, gritaba a La Candeur:

—¡Excepto al sobrino de Rotchschild! ¡Excepto al sobrino de Rotchschild!

Tanto le gritó que el pobre de La Candeur acabó por oírle y abrió los ojos, sonriendo a la vida.

Luego, el hombre que hablaba tan bien en francés y que tenía aires de capellán, se acercó a los dos jóvenes.

—¡Vendrá a traerme los auxilios de la religión!—pensó Rouletabille—. Pero antes que ser auxiliado por este individuo, prefiero ir al infierno...

—¡Caballeros! Nuestro *kaimakan*—dijo el individuo en cuestión señalando a Stefo el Dálmata—se cansa ya y me encarga que les diga que si no quieren seguir a sus soldados a las buenas, hará que les sigan a la fuerza.

—¿Ves?—exclamó Rouletabille—. Parece que tengamos miedo a la muerte...

—Tienes razón—replicó La Candeur—. Recobremos la sangre fría.

Se apoyó sobre las rodillas y, finalmente, se puso en pie. Temblaba como una hoja a impulsos del viento.

—Dígale a ese «caimán»—dijo al que parecía eclesiástico—que estamos dispuestos a seguirle y que no tenemos miedo a la muerte.

Pero a continuación le agarró por la manga para decirle:

—*Cuarenta mil francos para usted si nos ayuda a escapar!*

Sin embargo, el «capellán» se marchó, como si nada hubiera oído o comprendido.

—¿Qué le decías?—preguntó Rouletabille—. ¿Adónde irías a buscar los cuarenta mil francos?

Pero La Candeur no tuvo tiempo de contestar.

En aquel momento fueron empujados hacia fuera del cuerpo de guardia por los soldados de Stefo.

La Candeur palideció y le castañetearon los dientes; pero dominó bastante su emoción para poder llamar a Priski, que hablaba con Stefo el Dálmata a pocos pasos de allí.

—¡Priski! ¡Priski!

—¿Qué quiere el señor sobrino de Rotchschild?

—Deseo decir algo muy urgente a ese señor que estaba aquí hace poco y que tan bien habla el francés.

—Ahora mismo le verá. *¡Nos ha precedido al lugar de la ejecución!*

La Candeur sintióse como cegado; pero al ver delante a su gran amigo, el pequeño Rouletabille, que le miraba tristemente, sí, pero con una serena y patética sonrisa, se avergonzó de su debilidad y de su cobardía.

—¡Señor Priskil Vaya a decirle a su amo que mi tío dará lo menos dos millones por el rescate de todos.

—¡Oye! Con el mismo esfuerzo prométele tres—le apuntó Rouletabille.

—¡Tres millones! ¡Cuatro millones!—sollozaba La Candeur.

Pero pronto se calló, porque le propinaban grandes culatazos en el costado. La consigna era que se evitase el escándalo para no atraer la atención de los invitados que habían ido a refocilarse a la *Karakulé* en día tan señalado.

Ya las primeras sombras de la noche envolvían el torreón, cuando el siniestro grupo, guiado por Stefo, penetró en el camino de ronda con sus prisioneros. Ante el puente levadizo y la puerta del torreón encontraron unos cincuenta soldados, que, por cierto, parecían muy preocupados. Les habían dado orden de entrar silenciosamente en el torreón y de ejecutar, con el menor ruido posible, a todos los prisioneros, a quienes se encontraban con ellos y a los que se habían quedado en el torreón.

El «capellán» de la *Karakulé*, el hombre que tan bien hablaba el francés, había entrado primeramente solo, y con gran habilidad, en el camino de ronda; había pasado el puente levadizo y estaba dispuesto a entrar en el cuerpo de guardia, cuando la pesada puerta, forrada de hierro, le fué cerrada en sus mismas narices.

Entonces llamó a sus hombres. Y luego de haber intentado inútilmente parlamentar a través de la puerta, hizo traer barras de hierro y picos, con los cuales se disponían a hundir la puerta.

Por una aspillera del segundo piso, la cabeza roja y resplandeciente del hamburgués asomaba, vomitando un torrente de injurias y amenazas que nadie comprendía,

excepto Priski, que acababa de llegar, y que acudía para darse cuenta de la situación.

—¡Bah!—dijo—. No podrán con esa puerta, a no ser con pólvora. ¡Hay que hacerla saltar con pólvora! Y no de cualquier manera, sino buena y bien dispuesta.

Replicóle el «capellán» que ya lo había pensado; pero que había renunciado a tal procedimiento a causa del ruido.

—Entonces—dijo Priski—lo mejor será esperar a mañana. Mañana ya se habrán ido de la *Karakulé* todos los invitados, con lo cual, en un santiamén, podremos adueñarnos del torreón y «ejecutar a toda esa gente» sin correr el peligro de turbar la fiesta, como no dejaría de suceder si hay empeño en obrar esta misma noche.

El capellán fué a consultar con Stefo el Dálmata.

Rouletabille, al verlos perplejos, se adelantó para decir:

—Hay un medio para hacer abrir la puerta del torreón. Sin embargo, tiene el inconveniente de ser peligroso.

—¿Cuál es?—preguntó el capellán.

—Consiste en despejar un poco las inmediaciones del puente levadizo—explicó Rouletabille—y dejar que avancemos mi amigo y yo. Sin duda ninguna, el otro amigo nuestro, que ha quedado con los criados en el torreón, entreabrirá la puerta para salvarnos. Entonces pueden acudir ustedes, precipitarse detrás de nosotros e impedir que la cierre.

—Perfectamente—repuso el capellán—. Pero puede ocurrir que no consigamos impedir que la cierren. Y si ustedes han conseguido entrar en el torreón, ¡se salvan de momento!

—Por eso precisamente les he dicho antes—replicó Rouletabille—que el procedimiento era peligroso. Pero

en el fondo, si se piensa bien, ¿para quién es más peligroso? Mucho más lo es para nosotros que para ustedes. Si entramos en el torreón, ¿qué pierden ustedes? Nada, porque mañana nos cogerán. En cambio, si no entramos, no solamente continuamos siendo prisioneros de ustedes esta noche, sino que hacemos correr el riesgo a nuestros amigos de tener que habérselas con ustedes... ¿Qué?...

El capellán se rascaba la punta de la nariz.

—No estaría mal—dijo.

—No, porque todos aventurarían lo suyo —añadió Priski.

Y lo explicaron a Stefo, quien se echó a reír, aceptando en seguida aquello, que le parecía un juego. Pero tenía la intención reservada de fusilar a los jóvenes en el puente levadizo, en cuanto la puerta se abriese. Así tenía la seguridad de no perder los prisioneros y la posibilidad de llegar a la puerta antes de que se cerrara, capturando así aquella misma noche al resto de los compañeros.

Era ya muy de noche para que Rouletabille y La Candeur pudieran distinguir, a través de los oscuros huecos de las aspilleras, nada de lo que pasaba en el torreón. Pero el joven redactor jefe pensaba que Vladimir se preguntaría la causa de tantas entrevistas, idas y venidas por el camino de ronda, y también cómo se las podría arreglar para auxiliar a los prisioneros sin entregar su último refugio.

Cuando quedó convenido que los dos jóvenes periódistas avanzaran despacio hasta la mitad del puente, y que los soldados de Stefo permanecerían al borde del foso hasta ese momento, Rouletabille pidió permiso para, desde el puente levadizo y frente a la poterna, llamar a su compañero Vladimir para pedirle que abriera la puerta.

Accedió a ello Stefo el Dálmata, que tenía una buena carabina en la mano y la seguridad de no errar la puntería.

—¡Rouletabille!—musitó tiritando La Candeur—. Te advierto que en cuanto estemos en el puente nos fusilarán por detrás.

—Es el único recurso para que no nos fusilen por delante—contestó Rouletabille—. ¡Hablo por mí!...

—¡Ay, yo me encuentro poco más o menos en el mismo caso!—gimió La Candeur—. Cuando vean que no soy sobrino de Rothschild, ¡ya me lo dirán de misas! Así es que me da igual acabar en seguida contigo.

Ahora Rouletabille, con sus ojuelos de agudo mirar, procuraba atravesar la obscuridad para saber si había sido colocada debajo de la puerta del torreón la mecha, aquella mecha que había de bajar por la parte inferior del puente levadizo hasta alcanzar el cartucho de dinamita, que se encontraba en el mismo lugar que Stefo con su carabina... Así dispuso la noche anterior el ingenio destructor, el cual fué retirado durante el día, pero había sido nuevamente colocado de la misma manera por Vladimir, si éste había seguido las indicaciones de Rouletabille.

Sin embargo, las tinieblas eran ya demasiado espesas para que se pudiese distinguir nada.

El propósito de Rouletabille era gritar a Vladimir que encendiera la mecha. Y entonces explicó en voz baja a La Candeur que en cuanto gritase ¡enciende!, los dos se habían de echar boca abajo para evitar la primera descarga y, luego, saltar de allí hasta la poterna. No le dijo nada más, porque el valiente La Candeur no hubiera dejado de hacerle notar que para evitar el fusilamiento iban a perecer por la dinamita.

¡Y era verdad! Pero, dada su situación, no podía encontrar Rouletabille otro procedimiento de salvación. Luego se vería lo que quedaba de unos y de otros.

Llamó, pues:

—¡Vladimir!

En el primer piso se dejó oír una voz:

—¡Rouletabille!...

—¿Eres tú, Vladimir?... Oye... Baja al cuerpo de guardia y abre la poterna.

—¡Bueno!...

—¡Oye!... Estos caballeros, que son muy amables, nos permitirán que avancemos solos hasta la mitad del puente... Cuando estemos allí, abre la poterna...

—¡Bueno!

—La abres de par en par, ¿sabes?

—¡Sí, señor!...

—Y al mismo tiempo, como está muy oscuro, ¡enciende!

—La verdad—dijo La Candeur—es que piensas en todo. ¡Está oscuro como boca de lobo!

Pero Rouletabille esperó en vano una respuesta a aquel ¡enciende! ¿Acaso Vladimir no le había comprendido? ¿Acaso, habiéndole comprendido, no obedeció porque *no tenía con qué encender?*... En todo caso, el repórter estaba dispuesto a acabar de una. Y, volviéndose hacia Stefo y el capellán, dijo:

—¿Están a punto, caballeros?

—A punto—hizo contestar Stefo sarcásticamente.

—¿Ha entendido el señor lo que he dicho a mi camarada?...

—Todo—contestó el capellán—. ¡Todo!

—No se podrá quejar. ¡He dicho que abran la puerta de par en par! Le doy facilidades, ¿eh?

—Cierto—respondió el capellán.

—Ello será una razón de más para que no emprendan nada contra nosotros hasta que llegemos a la mitad del puente, ¿no?

—De acuerdo.

—¿Avanzamos?

—¡Avancen!

Stefo, en la obscuridad, apuntó la carabina.

—Sobre todo, no mate al sobrino de Rothschild—dijo junto a él Priski, siempre dispuesto a defender honradamente los intereses de su amo.

—No tengas cuidado—dijo Stefo—. Me limitaré a herirle en la pierna para que no se salve. En cuanto al otro, ¿lo dejas a mi disposición, Priski?

—¿A Rouletabille?—replicó Priski—. ¡Haga lo que quiera con él! No tiene un céntimo.

Rouletabille cogió a La Candeur de la mano. Dieron los primeros pasos por el puente.

—¡Atención!—dijo Rouletabille en voz baja—. Prepárate...

Dieron dos pasos más. Stefo esperó a que se abriese la poterna para apretar el gatillo de su carabina. Y de pronto se oyó un rugido de Rouletabille.

—¡Enciende!

Al momento salió de la poterna una llama que corrió bajo el puente mientras la poterna se abría. Y los dos jóvenes, luego de haberse tendido boca abajo, daban un salto prodigioso. Detrás de ellos se produjo la explosión, que hizo volar a Stefo el Dálmata y a tres o cuatro soldados, todos los cuales quedaron reducidos a papilla. El puente voló en parte, y se levantó por el lado de la poterna, protegiendo al mismo tiempo a quienes había disparado hacia el cuerpo de guardia y formando escu-

do contra los proyectiles de la explosión y contra las balas de los soldados, que, en aquel caos inesperado, no sabían más que disparar sus fusiles contra el torreón.

Nuestros amigos estaban milagrosamente sanos y salvos. Con la dinamita, lo mismo que con la pólvora, ocurre que hiera a unos y respeta a otros, sin que haya más explicación para tal incoherencia que la suerte de unos y la desgracia de otros.

Poco después, el capellán y Priski, también indemnes, hicieron cesar las represalias. Y como ante todo temían turbar la excepcional noche de su amo con el relato de tan nefasta aventura, resolvieron ocultársela hasta la mañana siguiente, y mandarle en seguida a un oficial para decirle que sus órdenes habían sido ejecutadas. Suponían que a la siguiente mañana ya habrían dado cuenta de aquellos endiablados huéspedes. De esa manera, pues, murió aquella noche Rouletabille... para Kara-Selim...

CAPITULO V

LA EVASIÓN DE UN ESQUELETO

ROULETABILLE y La Candeur habían rodado hasta el fondo del cuerpo de guardia.

Tras ellos, fué cuidadosamente cerrada la puerta por Vladimir. Y luego, cuando comprobaron que nadie estaba herido, se dieron calurosamente la enhorabuena por el suceso, que ponía a nuestros amigos fuera del alcance de Gaulow y de sus hombres, al menos hasta el día siguiente por la mañana.

Pronto pudieron convencerse de que, en efecto, les era concedida aquella tregua, a juzgar por las disposiciones que tomaban sus guardianes en el camino de ronda. Estos habían encendido hogueras, no solamente para buscar los heridos por la explosión, algunos de los cuales habían sido arrojados muy lejos, al patio circular o al fondo del foso, sino también para iluminar todo el frente del torreón, de manera que no cupiese esperar ninguna sorpresa por parte de los sitiados.

Gracias a ello pudo La Candeur ver transportar algunas víctimas, entre ellas Stefo el Dálmata, a quien ordinariamente llamaba el Caimán, y que había sido grave-

mente herido. Y no pudo evitar un escalofrío al ver los importantísimos resultados de su ingeniosa defensa.

¡Ay, cómo había volado el Caimán!

¡Nunca perdonaría el bajá negro a los huéspedes del torreón el estado en que habían puesto a su primer lugarteniente! Y de ese enojo no escaparía ni el sobrino de Rothschild.

Los soldados, furiosos por la explosión y también por haber visto que se les escapaban los dos prisioneros, no se recataban en levantar el puño hacia el torreón y en prometer a los que allí estaban encerrados un poco halagüeño porvenir. Menos mal que lo hacían en lengua incomprensible para La Candeur. Sin embargo, adivinaba poco más o menos el sentido.

Esas reflexiones estaba haciéndose La Candeur cuando notó una palmada en el hombro. Era Rouletabille, que reclamaba su atención:

—¡Sígueme!

—¿Adónde? Estamos cercados por todas partes...

—Tan bien cercados—aseguró Rouletabille—, que se han cuidado incluso de poner guardias al pie del torreón en la parte del campo y los precipicios. Vengo de allá. No se puede hacer nada.

—Entonces, déjame dormir, que me caigo de sueño.

—¡No! Sígueme.

—¿Adónde?

—¡Al subterráneo!

—¿Crees que vamos a poder huir por allí? ¡A fe que el condenado de Priski no habrá tomado sus precauciones!

—¡Métete eso en el bolsillo y sígueme!

Y Rouletabille entregaba a La Candeur una especie de bujía, pequeña, pero pesada.

—¿Qué es esto?

—Una cosa con la cual hay que llevar mucho cuidado para que no caiga: «un cartucho de dinamita».

—¿Más dinamita?

—¡Más! ¡Y suerte que tenemos! Pero puedes tranquilizarte, porque es el último... Además, nos va a ser tan útil como el primero...

—¿Qué vas a hacer con él?

—Lo mismo que con el otro: aislarnos.

—Ya comprendo, ya...

—Pues si comprendes, sígueme... ¡Es lo único que te pido!...

Un cuarto de hora hacía que Rouletabille se encontraba en el torreón. Y no había perdido el tiempo. Pasó revista a las disposiciones tomadas bajo la dirección de Vladimir por la pequeña guarnición. Todas las aspilleras que daban al camino de ronda estaban armadas y provistas de municiones. Los defensores, según las necesidades del momento, podrían trasladarse a todos los puntos necesarios y hacer llover sobre los atacantes, sin exponerse ellos, una granizada de proyectiles.

Y Rouletabille recobraba esperanzas sintiéndose de nuevo dueño del torreón, sobre todo con la voladura del puente.

¡No había perdido la partida!

Apenas había comenzado la noche. Y en la excursión que acababa de realizar a lo alto de la formidable torre, había visto a la muchedumbre de invitados aún en el primer patio del harén, mientras los hombres salían del *selamlík* para asistir a los fuegos artificiales, de los cuales la explosión del puente había sido la primera señal y cuyos primeros cohetes comenzaban a irradiar en el cielo. ¡No! Ivana aún no pertenecía a Kara-Selim. Quizá llegaría a tiempo para salvarla.

Y tenía una idea...

Ya sabemos que en los momentos más difíciles y en los casos más desesperados surgían en su cerebro aquella clase de ideas. Pero ante todo era preciso, como había explicado a La Candeur, precaverse contra una sorpresa por el subterráneo.

Tondor levantó una vez más la placa de hierro. Y los dos reporters bajaron de nuevo al abismo negro. Rouletabille iba delante, iluminando las tinieblas con una lamparilla.

Como la primera vez, se había atado con una cuerda, aunque aquella vez no pudiese esperar a pasar por la mazmorra, que debía estar vigilada. Al llegar al suelo del subterráneo, alumbró la bajada de La Candeur y ambos repitieron pronto el camino que habían hecho con Priski.

Pasaron sin detenerse ante las pesadas puertas de los calabozos y llegaron finalmente a la encrucijada que había determinado su primer etapa antes de llegar a la mazmorra.

—¡Chiss!—dijo Rouletabille—. ¡Detengámonos y escuchemos!

No percibieron ningún rumor.

—Me parece que por esta parte todo va bien—añadió.

Sacó del bolsillo de La Candeur el cartucho, que no llevaba él mismo porque sus bolsillos iban llenos de instrumentos propios para el robo, que pudieran ocasionar choques y roces peligrosos. Y deslizó el cartucho en una hendidura de la roca, a un metro del suelo. Le ató una mecha, que desarrolló mientras retrocedía llevándose a La Candeur.

Así llegaron cerca de las puertas de los calabozos. Entonces dijo Rouletabille a La Candeur:

—Quédate aquí y escucha. Al oír el menor rumor sospechoso por la parte de la encrucijada, ¡enciéndel! ¿Comprendido?

—¡Comprendido!

—Y, como es natural, echas a correr hasta el torreón...

—¿Y tú?

—¡No te preocupes! Yo voy a visitar a ese pobre bajá a quien Gaulow ha tratado tan cruelmente.

—¿Qué bajá?

—¡El esqueleto!

—¿El esqueleto del calabozo?—exclamó La Candeur asombrado—. ¿Qué quieres hacer con ese esqueleto?

—¡Nada! Pero en el calabozo del esqueleto hay una ventanita muy a propósito...

—No tan a propósito, porque tiene reja.

—¡Ya veremos!

Y Rouletabille se fué a descorrer los pesados cerrojos del calabozo en el cual habían visto, en un anterior paseo subterráneo, el famoso esqueleto del pobre bajá atado por la pierna.

—Los barrotes—decíase Rouletabille mientras abría la puerta—no me causan pavor. Si no hay tiempo para liarlos, los arrancaremos. No es la primera vez que encontramos barrotes en nuestro camino. Y nunca nos han detenido.

Por fin cedió la puerta a sus esfuerzos.

Y entró en el calabozo.

Seguidamente lanzó una exclamación que hizo acudir a La Candeur.

La cadena de hierro con el anillo estaban allí, pero el esqueleto había desaparecido!

Lo más chocante era que los barrotes de la ventana habían sido arrancados de sus quicios. Además, podían

verse en la vetusta muralla todos los indicios de una evasión.

—Lo que el pobre bajá no pudo hacer en vida—dedujo Rouletabille—lo ha hecho después de muerto.

—¡Eso es extraordinario!—concluyó La Candeur—. ¡El esqueleto ha escapado!

CAPITULO VI

EL CAJÓN SECRETO

HEMOS dejado a Ivana Ivanovna en brazos de Gaulow en el momento en que se desmayó creyendo comprender que éste se había burlado de ella y había despojado el cofrecillo bizantino de su precioso contenido. ¡El golpe, en efecto, había sido fuerte!

Sin embargo, a la orilla del abismo a que rodaba inconscientemente, fué despertada por el beso de Gaulow. Los labios del bandido produjeron en los suyos el efecto de una quemadura atroz. Volvió a abrir los ojos; se vió entre las osadas manos de un miserable que iba a abusar de la debilidad para afirmar derechos que la ceremonia del día le había dado; reconoció aquel rostro detestado, aquella cara criminal, aquellos ojos que se habían refocilado con la agonía de sus padres. Y el odio formidable que desde su infancia había dedicado a aquel Gaulow que la tenía en brazos, le devolvió súbitamente las fuerzas necesarias para zafarse.

Tan poco esperaba él la nueva rebeldía, tan sorprendido quedó por el brusco renacer de una presa que ya